



EL HOMBRE TRÁS LA MÁSCARA

Escrito por Enrique Royuela / Ilustrado por Ana Alonso

«Crees que es una fábula lo que está escrito sobre el Dr. Pico que huye del contagio y toma de él su salario Busca cadáveres para ganarse la vida al igual que el cuervo sobre un montón de estiércol Oh créetelo, no mires a otro lado pues la plaga gobierna Roma. Quién no estaría muy asustado ante su vara o palo con el que habla, como si estuviese mudo, e indica su decisión Así que muchos creen, sin duda, que le influye un diablo negro se llama "bolsa" a su infierno y las almas que busca son el oro».

El fragmento anterior es la traducción al castellano del poema satírico en latín macarrónico incluido en el grabado en cobre del Doctor Schnabel [Dr. Pico] von Rom atribuido a Paul Fürst (1608-1666).

El hombre tras la máscara, el doctor Pico al que hace referencia el poema, es un *médico de la peste negra* (*Il dottore della peste*) en la Roma del siglo xvii, que aparece en el grabado ataviado con una túnica que llega hasta los pies, protegido con sombrero, guantes y botas de cuero, portando un extraño palo y —lo más curioso y siniestro— con el rostro cubierto por una máscara con una larga nariz en forma de pico de ave.



Hoy en día, puedes ver esta máscara cubriendo los rostros de quienes han decidido disfrutar de los carnavales de Venecia, un evento lúdico que se remonta a muchos siglos atrás donde las máscaras pretendían ser un símbolo de la igualdad de clases, un elemento utilizado para eliminar el estatus social de quienes se ocultaban tras ellas y les permitía disfrutar a todos por igual, nobles y plebeyos, ricos y pobres.

Entre las máscaras más usadas hay una que posee un significado y origen particulares: la *máscara de pico*, también conocida como *máscara de la peste* o *máscara de la plaga*, un icono de la época más sombría de la ciudad italiana y un homenaje actual a los conocidos como *doctores de la peste*.

Para comprender el origen de esta máscara hemos de remontarnos al siglo xiv, a los años 1348-1352, época en la que se produjo la devastadora pandemia de peste bubónica que acabó con un tercio de la población en Europa. Las cifras de muertos varían mucho; hay autores que hablan de 25 millones de muertes, otros llegan a los 75 millones e incluso hay quien habla de 200 millones de muertos desde la primera epidemia de peste. Una cantidad terrible, en cualquiera de los casos.

La peste es una enfermedad bacteriana producida por *Yersinia pestis*, que —a su vez— es transmitida por la picadura de la pulga *Xenopsylla cheopis*. Se piensa que llegó a Europa a través de las pulgas que infectaban a la rata negra (*Rattus rattus*), la cual podría haber viajado desde Caffa (actual Feodosia, en Crimea) oculta en la bodega de los barcos genoveses que comerciaban en la zona y que llegaron a Sicilia, siendo esta, probablemente, la puerta de entrada en Europa de la *muerte negra*.

La sintomatología de la peste bubónica es muy variada e inespecífica (fiebre, dolor de cabeza, náuseas, vómitos, etc.) excepto por un síntoma que no pasa desapercibido: los bubones, nódulos que aparecen principalmente en ingles, axilas y cuello y que son los ganglios linfáticos inflamados. Además, este tipo de infección también puede pasar al

torrente sanguíneo (peste septicémica), sin la formación de bubones pero con la aparición de unas características manchas de color oscuro que pueden salir en cualquier parte del cuerpo, producto de hemorragias internas. Estas manchas oscuras sirvieron para asignarle los temidos nombres de *peste negra* o *muerte negra*. En la actualidad, se siguen produciendo casos de esta enfermedad, aunque está prácticamente restringida a algunas zonas de África, donde es endémica.

Es en el siglo xiv donde hacen su aparición los *médicos de la peste* para encargarse de cuidar a los enfermos y manipular los cadáveres. Continuarían con su ingrata labor durante más de trescientos años, en las sucesivas epidemias de peste que padecieron en casi toda Europa.

Justo dos siglos después de la gran epidemia de peste, hubo un violento brote que afectó significativamente a Venecia entre 1575 y 1577. Existe un registro sumamente detallado de las muertes por la plaga veneciana, durante la que se crearon las islas-hospitales de Lazzaretto Vecchio y Lazzaretto Nuovo para atender a los enfermos y evitar la propagación entre la población de la ciudad. Fue precisamente en medio de esta plaga cuando el parisino Charles de L'Orme, médico del rey de Francia Luis xiii, hace la primera descripción del curioso atuendo de los *médicos de la peste*. También el médico italiano Alvise Zen, durante la epidemia de 1630, describe el uso de la túnica, sombrero, guantes, botas, unas gafas y una máscara de «aspecto aterrador».

Esta máscara, supuestamente diseñada por el propio Charles de L'Orme y que Alvise Zen describe como «aterradora», es la archiconocida *máscara de pico*. En la zona de los ojos, la máscara incluía unos cristales de protección para evitar el contacto con el aire putrefacto y los vapores tóxicos de los enfermos y cadáveres. La nariz, larga como el pico de un ave, albergaba en su interior plantas aromáticas para mitigar el olor nauseabundo desprendido por los muertos así como una esponja empapada en vinagre, a modo de filtro,

ya que se pensaban que el contagio se producía por el aire a través de los miasmas. La longitud de la nariz, según Charles de L'Orme, debía ser de «medio pie», para evitar que los infectados acercasen su pútrido aliento al médico lo suficiente como para contagiarlo.

El diseño de esta máscara no quedó exento del componente supersticioso característico de la época, ya que se pensaba que la enfermedad era transmitida por las aves (curiosamente, siendo estas inmunes a la infección). Por ello, creyeron que otorgándole a la máscara forma de ave las mantendrían alejadas, cual espantapájaros.

Sin embargo, supersticiones aparte y a pesar de que la teoría de los gérmenes no se desarrolló hasta el siglo xix, en esta época ya intuían que había algo en el aire capaz de transmitir la peste desde los enfermos a personas sanas. Por eso **diseñaron la vestimenta de los médicos de la peste demostrando un gran criterio científico —y muy poco divino— de forma parecida a lo que ahora podríamos considerar un traje de protección biológica**. Mucha ciencia para una época un tanto oscura.

Estos *doctores de la muerte* estaban tan solicitados que se llegó a consolidar como una profesión bien remunerada aunque no exenta de críticas, como recita el poema satírico con el que hemos comenzado este texto, donde eran comparados con aves carroñeras.

Lo cierto es que los *médicos de la peste* arriesgaron sus vidas en una época en la que nada se conocía sobre el contagio de las enfermedades infecciosas y, en su recuerdo, cada año se les homenajea en el carnaval de Venecia, aunque muchos de los que portan la *máscara de pico* lo desconozcan y su única intención sea emular a Giacomo Casanova.

